

Poetas con Valente en busca de la Madre Materia

Milagros POLO

Universidad Complutense de Madrid

La Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética de la Universidad de Santiago de Compostela, dirigida por Claudio Rodríguez Fer, ha publicado en el curso de este año 2010 *Poetas con Valente*, un hermoso libro por su contenido y por su muy cuidada presentación, enriquecida por las ilustraciones debidas a la artista Sara Lamas. En su interior, los poetas, dos en castellano, uno en catalán-castellano, y tres en lengua gallega, todos ligados a la figura de Valente, y algunos de ellos lectores críticos del poeta. Podemos señalar en esta mínima reseña en qué medida estos poetas se acercan o separan de la estela polivalente de José Ángel Valente, puesto que en ellos hay homenaje y profunda admiración hacia él.

Tiempo y espacio envuelven siempre las escrituras, pese a cualquier esencialismo que quiera imponerse. Este libro cubre una larga escena que se extiende desde el año 1922 a 1984, fechas polares del nacimiento de algunos de estos poetas, que por tanto cubren todo el siglo XX: Luz Pozo Garza, Antonio Gamoneda, Pere Gimferrer, Claudio Rodríguez Fer, Olga Novo y Tera Blanco de Saracho.

Ahora que tanto se abusa y discute sobre “nacionalismos”, se debiera pensar, mejor, en la “tierra nativa” como riqueza esencial y material, no como arma de enfrentamiento; también para librarnos de los salvajes “internacionalismos” que no son menos feroces. No se trata de dar pábulo a una “biología-tierra” de penosa memoria “nazi”, sino de una “madre materia”, que engendra en la porosidad de los cuerpos una marca indeleble, o como nos ha dicho Valente: “La patria tiene límites o limita; el lugar, no. Por eso tal vez fuera necesario ser más lugareño y menos patriota, para fomentar la universalidad” (“El lugar del canto”, en *Las palabras de la tribu*, Siglo XXI, 1971, p. 16). Texto digno de meditarlo cuidadosamente. El “lugar” es donde crecen los largos meridianos imaginarios y hornean los solsticios en su eterno contraste de luz y oscuridad. Los que marcaron al poeta Valente, y a los poetas que ahora le acompañan.

Luz Pozo Garza y Antonio Gamoneda, muy especialmente cercanos, porque además discurren

en el mismo “tiempo” y en la extrema interioridad de ese medio siglo XX “donde el estar y el ser se unifican”, y donde se agosta y muere lo que quiere oponerse a la pompa y máscara de un centro absoluto. Por supuesto sufrieron más, desde su infancia, ese “poder”, “poder de dominio”, como lo llama Eugenio Trias. Los poetas beben de un mismo espacio, y crean en su tiempo, explorando rupturas y memorias, alzados a la palabra que crea mundo, o “lo pastorea” como dice Heidegger. “Poder y creación se niegan” escribe Valente en “Cinco fragmentos para Antoni Tàpies”. Ellos crearon así.

Luz Pozo Garza y Antonio Gamoneda están como Valente, donde las guerras, los exilios, la dureza y la angustia del mundo les rodeó. Niños con “infancias cercadas” –dijo Valente. Con su juventud mermada y asediada, pues la libertad y el entusiasmo que floreció en otros momentos, ellos no los tuvieron. Sí es cierto que las primeras promociones del siglo, tanto en España como en Europa, sufrieron en sus carnes el fragor de un combate cruento, de torturas, muertes y exilios; piénsese en el éxodo del 27, y en los campos del nazismo y el estalinismo, escritores exiliados y muertos, como la pléyade rusa o alemana... Pero en aquellos escritores su nacer a la escritura estuvo libre, en un principio.

Luz y Antonio sufrieron de esos “males” desde la infancia, y se nutrieron con “miradas y escuchas” de todas las duras escenas de sus contextos. Así aparece tanto en poetas como prosistas de ese tiempo. Un rezumado y una porosidad inolvidables para niños y adolescentes, hombres y mujeres “marcados”. Legítima pues su ira latente y su desesperanza, difícilmente contenidas, salvo algunos, de esa promoción, que salvaron una zona más íntima, como la del deseo, en Francisco Brines y parte de Gil de Biedma, que logran evadirse hacia ese mundo de ebriedad, que Platón señaló idóneo a los poetas, a quienes expulsó de la Polis, como sabemos.

Luz Pozo Garza debe ocupar un sitio alto entre sus pares. Ignoramos con frecuencia los “sucesos” que vapulean a los poetas, los esconden, los limitan, los suben o los sepultan. Sucesos y acontece-

res son sustancias de las escrituras. Algunos se ocultan, otros son ocultados. Algunos no desean que su biografía destiña su escritura, como es el caso de Valente, que fue muy codicioso de su privacidad, y quiso y buscó ocultarse, para que sólo su escritura fuese su filiación, incluso el propio héroe del canto nos pidió en sus textos la total desaparición: Nadie en Nada.

Otros poetas quisieron contar su vida uncida a su obra, aunque poetizada, como Cernuda. Pero antes o después, tarde o temprano, la lenta y firme mano del Tiempo los coloca en su lugar, con datos incluidos, que no ensombrecen, sino aclaran sus escrituras. Y ello frente a opiniones puristas y formales que a duras penas pueden mantener los filtros y radas donde liquidar el aluvión del lugar y de la carne-tierra. En cada escenario, azarosa o premeditadamente, se oculta, o no se valora a un poeta, acaso el más esencial. Acordémonos de cómo un Hölderlin pudo ser imperceptible para sus contemporáneos. Y tantos otros casos...

Luz Pozo Garza es sutil y profunda, mágica en el sentido de una naturaleza que casi se deja ver, que conecta con el verdadero "sagrado", especialmente oculto y femenino. Valente escribió de esa mejor predisposición a lo "sagrado", en la mujer y en los místicos, al igual que Lacan. Luz, en su poema "Planto-lectura del fulgor", *in memoriam* dedicado a Valente, lo define de modo esencial (p. 17). Elige un término caro al poeta: "fulgor", en la entrega que continúa a *Mandorla*, por tanto una radical centralidad de materia y amor.

Luz perfila y esculpe una escritura y un tiempo con el verso "variaciones de música absoluta como única certeza". Cuando el tiempo declina y la esperanza escapa, quedan para el poeta esas variaciones a modo de ondas del misterio del universo, como Valente escribe a este propósito: "un texto que consiste en un diálogo con el cuerpo, con la materia corpórea". Y escribe Luz: "porque estaba la muerte tan licenciosa por tu patria". Otra esencial característica de Valente, nunca ajeno a este mundo histórico.

Y más, escribe Luz, sobre esa "niñez cercada" –como la llamó Valente–, frente a las emboscadas del silencio y la muerte donde creció la infancia: "y hasta los dúctiles oficios que / amábamos de niños / maderas de abedul serradas con amor / en un cobertizo del país" (p. 19). El "fulgor" es a modo del agujero en fuego negro para salir de la "frontera o límite", "regresando" antes, los pasos perdidos en las civilizaciones asediadas por el Mal. De ahí la profusión de perseguidos, herejes, heterodoxos,

que aparecen en los textos de Valente, en su combate o en su forzada salida al exilio. Porque en él se dio realmente, el Exilio y el Reino.

Y la "Letra", como en los cabalistas, presentaba y predecía el mundo. Sigue escribiendo Luz: "también porque dictabas antiguas profecías / signos de luz e historia / de extinciones y exilios en letra convertida / donde reside toda santidad" (p. 19). Porque en Valente no sólo está el mundo visible, sino el invisible, sacro. El lugar como estrato de "luz e historia" y las patrias gobernadas por demonios, o mejor, como escribió Gil de Biedma, no demonios, sino hombres. Y Luz, como Valente, termina con ese verso sin esperanza: "ya no hay adolescentes que nos salven" (p. 19).

La salida de lo visible, tan obscuro vivido, sólo tenía un final, no ya de Amor, sino de Muerte. La escritura de Luz Pozo Garza canta el mundo, la belleza y el amor, nunca separados del Misterio... de flores y lunas, mareas y reinos, lugares exactos y otros que se pierden en el tiempo para convertirse en Sueño. Sin duda lo sagrado femenino, lo encarnado, lo Único. La magia de Luz Pozo Garza sí toca la radicalidad sacra, la vivencia convive con la belleza y la belleza con la hondura.

Antonio Gamoneda. Sin duda una escritura tangencial a gran parte de la escritura de Valente, territorio del héroe o del "radical" que en la palabra pone el rejón de su desesperanza, su ira y su duro combate. Espacios humanos donde el "lugar" ha sido sustituido por el de "patria", en todas sus perversas acepciones. ¡Cuánto sufrimiento, cuánta desesperanza, cuánto crimen!

Muchas páginas de Valente, poemas, prosas, artículos están atravesados por una defensa de los perdedores, los exiliados, los llamados herejes, los heterodoxos. Se apunta al Mal, y sus ocultas variantes y variaciones. Así en la escritura de Gamoneda. Pero hay una diferencia: Valente sale, casi definitivamente, del "territorio visible", con esa entrega suprema de ironía airada: *Presentación y Memorial para un Monumento*. Allí concentra y desnuda un hecho cotidiano de la historia humana, la miseria del poder y sus fanáticas persecuciones.

Después, aunque antes hubiera atisbos de su giro último, tantea, palpa por las oscuras sendas de lo no-visible, asiéndose al lenguaje y experiencia del místico, cuya frontera de salida, es también, no se olvide, un silencioso combate contra poderes terrenales. Porque el Poder, religioso o político, no tolera lo inaprensible, lo que no pueda sujetar a sus códigos y leyes, al fin, el Espíritu que escapa al mapa del poder, como escribe Valente en su ensa-

yo sobre Miguel de Molinos: “del insoluble conflicto entre espíritu y poder” (p. 41, Barral, 1974).

Gamoneda ha permanecido en el espacio visible, en la frontera que separa al hombre del hombre, al lobo de su presa, al amo del esclavo. Incide en esa postura ética que cubre gran parte de la escritura de Valente. El poeta asturiano es aún más oscuro, oscuridad de la tierra y el frío, acaso más melancólico, más centrado en ese círculo infernal de la “patria” encadenada a las bodas temibles entre Iglesias y estados; lo que siempre se ha dado en tantas civilizaciones. Es el poeta de la ira soterrada, también de la fuga por los valles posibles de la buena Naturaleza, del Amor, de la Piedad. Gamoneda lector de Valente lo analiza, en un ensayo dedicado al poeta orensano, con el título: *Texto y Contexto*. ¿No define ahí también su propia escritura?

Gamoneda no traspasa el “límite”, ni ninguna frontera más allá de lo “visible”. Sí, escucha el “vacío y la nada” o la temible orfandad del hombre en el mundo. Su frontera es una fina línea que divide a los hombres, unos martirizan, depredan, humillan; otros están del lado del poder y la gloria, de la máscara y el terror. El espacio-tiempo, quiérase o no tiñe a los poetas, los que se rebelan y los que huyen al más bello reino del amor-naturaleza, el don de ebriedades, que Platón quería para los poetas.

Hace bien poco leo en *Babelia* (27.11.10) palabras de Gamoneda, que acaso confirman la idea de su ser y estar en el “lugar”, lejos de las máscaras y terrores de las “patrias”, de sus pompas y simulacros. Dice Gamoneda “Quiero que me dejen seguir siendo un escritor provinciano” (p. 3). Su “lugar”, su Universal.

A partir de los “50” la situación española cambia mucho. Pere Gimferrer, nacido en 1945, pertenece ya a otro escenario, a otro territorio que no es el de Valente. El deseo, la libertad, los sueños, las fábulas, sin duda las familias, los hábitos, y las posibilidades son de otra “marca”. No puede ser ya Gimferrer un “radical”, aunque lo quisiera, tal vez lo quiso...

En su escritura brillan las imágenes, la historia es elegida por su fulgor, es un fulgor de candilejas y de fábrica, pictórico y atrayente. Incluso la “malvada historia”, cuando aparece en sus textos, brilla en la noche con muertos lucientes que no dan pena sino envidia. Gimferrer archiva, suma, controla las memorias y las eleva a escenas fulminantes, impactantes.

¿No es él mismo en su apariencia física, en su formato externo, esa imaginaria que representa?

¿No lo son así otros muchos poetas? Pensemos en Valle-Inclán, en Darío, en Juan Ramón, en Cernuda, en Valente... La porosidad humana, la carnalidad y sus arropamientos estéticos, lo más simple, lo puramente textil y cotidiano en los escritores ¿no destiñe a veces a las escrituras? ¿No cala la presencia real del hombre, su brío o cadencia en sus acciones, en sus palabras? No es un tema baladí.

Ya el tiempo ha dado vueltas de tuerca y el poeta Gimferrer, sí puede destinarse a buscar la palabra gloriosa y llena de espejos. Algunos de su promoción siguen ese camino, aunque luego, serenos, vuelvan el rostro hacia otras posibles tentaciones, pero siempre serán tentaciones de las ricas formas de la palabra que se hereda y “constituye”. No hay radicalidad, no hay visiones ni trazos de origen, ni rastros de miedo y dolor. La estética desaloja lo cívico o lo cívico se somete a lo estético.

Hay sí barrocas escaramuzas del “deseo”, siempre entreverado de culturas y citas sabrosas. Culturalismo, esteticismo que sin duda en esa promoción del 68 –prefiero esa acepción– alcanza plenitud, salvo en algunos, como Guillermo Carnero, que creciendo y escribiendo en el mismo cauce, reflexiona, ironiza y al final se sale por la tangente del escepticismo. O Martínez Sarrión que escapa por la *boutade*, la carga violenta y el conceptismo clásico que roza lo surreal. Tiempo y espacio dan cuenta en los poetas de sus cosechas, o destinos.

Gimferrer ha leído bien al poeta Valente, su crítica es certera, pero él está muy lejos de los territorios de Valente y de la escucha y tanteo de la palabra. El es un poeta diferente. En *Radicalidades*, en el prólogo de su libro, define bien lo que entiende por “radical”. Valente pertenece a ese territorio radical, Gimferrer no puede ser un poeta “radical”.

Décadas más tarde nacen Claudio Rodríguez Fer, Olga Novo y Tera Blanco de Saracho. Sus primeros libros aparecen a partir de los “80” y “90”. Cuando ya han dado sus frutos los “Novísimos”, y son clásicos algunos del “50”. Nada se pierde de las herencias auténticas, de las sendas y sueños creadores que nos dejan los hombres del pasado, y esas herencias, pasan por meandros y hasta divertículos corporales a otras escrituras, remozándose e innovando.

A estos poetas gallegos no les alcanzan los “hechos” sino serios rescoldos de esa mitad trágica del siglo XX. Aunque hay puntos, y textos en ellos, en que humea aún ese “mal”, oído o trasvasado de otros, tal vez vivido, sentido, pero siempre rechazado. De modo sutil o acaso destinal, son

herederos del último Valente. Sería ahora prolijo comentarlos como merecerían, pero si decir que, en nuestra opinión, por una vía diáfana y menos mortal, sin hundirse en “experiencias abisales”, ellos son los herederos de esa Materia, la aparecida en *Material Memoria* y siguientes entregas, cuando aún Valente no va bajando los peldaños que lo encaminan a la Nada, en un aletear de pájaro herido, cuando aún no ha llegado esa tremenda entrega, *No amanece el cantor*, libro temible y crucial en los anales del poeta.

Estos poetas gallegos le siguen en su visión materialista del mundo, en su pasión carnal de una materia que es espíritu, que redime el canto del amor y el deseo, como en Claudio Rodríguez Fer. Su poema “Eu ando polo linde” (p. 28 de *Poetas con Valente*) es expeditivo. Linde o límite en el Amor o canto de los cantares, donde nada se necesita de tiniebla y no-lugar, porque el centro, la vida se derrama y reabsorbe ahí, como en aquel poema del poeta zamorano, Claudio Rodríguez; y sin duda en algunos poemas de *Mandorla*, la entrega del amor-materia de Valente. Como éste escribe de mandorla: “Es la almendra mística o la Vésica Piscis que evidentemente va asociada al sexo femenino”. “Simboliza la intersección de los mundos visible e invisible, el espacio donde lo uno y lo múltiple inciden, donde la separación de la materia y el espíritu no existe o ha dejado de existir.” Lo subrayo porque es ahí donde Claudio Rodríguez Fer inicia su rebelde camino, del que ahora sería largo comentar.

¿Quién pudo escribir como Rodríguez Fer, un “título” con la belleza y diafanidad, no pecadora, obvio, ni manchada por los horribles jueces de la dualidad que inunda fanatismos y miedos: “Sub vulva”? Valente escribió *Mandorla*, en esa misma sintonía, pero lo transpuso a los ámbitos sacros, a las estructuras religiosas. Claudio lo lleva a “una tierra extrema / de radiación amorosa” (p. 129).

El Cuerpo, la Carne, el Deseo, en el brillo solar de una Materia Madre en la que se asientan y acunan el Amor como centro del dinamismo de la Materia. Especialmente Claudio y Olga habitan en ese espacio. El espíritu, el Amor crecen en la carne de materia que es Espíritu. Y el hombre, que así escribe no tiene la soberbia del macho-patriarcal, antes parece redimir a la hembra-creadora de la terrible esclerosis de las filosofías dualistas y de los dioses monoteístas. El Amor es ágape, femenino; Eros es demasiado griego, es preferible la contaminación oriental, acaso no lejos del sufismo, y el tantrismo... que retorna en claros indicios en algunos artistas e intelectuales de ahora.

El poeta danza por el límite, no es el Límite del maestro Valente, sino el límite del viento, de la seda del agua, de las mareas vivas de los finisterres de su tierra natal. El centro es el Amor, y basta. ¿Para qué más? La energía pasa por este mundo, sólo y Uno, donde cambio y permanencia tornan y retornan. Danza en el límite, como las sublimes parejas del Oriente.

¿No es esa entrega a la “Rosa negra” la unión con la energía del Universo? No “super”, sino “sub”, como si el arcaico guerrero viril fuera sustituido por un Ulises de territorios vírgenes, apenas conquistados. Que siempre fueron humillados, siempre torturados, pero para el poeta son suficientes y eternos. En la linde “conjurando el mal, la mentira y la muerte”. Por la linde, “que no separa lo que hay / de lo que no se ve.” (pg. 129). Más en los límites de lo creado, en el Regreso a lo terrestre, en el paso de lo gozoso y hondamente espiritual.

La incidencia es eterna: “Ahí”, en “El origen del mundo”, como en el cuadro de Courbet, que fue escondido, y pasó pecaminoso, y acabó en manos de Lacan... Porque el mal no estaba Ahí, en la puerta que abre a los nacidos al mundo; el Mal, estaba en los ciegos de espíritu, en los que persiguen y torturan la cálida y generosa arcilla femenina del Universo. Arde en los textos de Claudio el gozo solar de la carne sin pecado ni prohibición. ¡Qué gran salto hemos dado! Hablar de estos jóvenes poetas gallegos, requeriría una detención mayor, pero sí podemos subrayar la fresca savia que brota del canto.

Olga Novo, requeriría una profundización por lo que supone de ruptura extrema, una escritura que disloca forma y contenido llevando una ira soterrada con ternura. Especialmente puede seguirse el escrito que hizo en la revista gallega *Unión Libre*, número 4 de 1999, si recuerdo bien, con todo lo que esa prosa perfila.

Pero aquí, en *Poetas con Valente*, en el poema “Querida mamá estoy aprendiendo a ladrar” (p. 143), o en otros textos, su descarado pudor que no se esconde sino que ataca sin piedad. Es el paso del llamado “humano” al “inhumano”, del hombre al animal. Como en otras ocasiones huida de la Polis artificial y nociva a la Materia en estado puro. Protesta, rebelión, amor, al fin ir a lo más hondo que roza, o es hermano sacro, devenir animal, como escribió Deleuze, por el insostenible cierre contra el hombre, que rompe los vínculos del Hombre. En ese poema antes citado, la “madre” es el eje de una trayectoria de sufrimiento que hace a la hija querer

auallar, ladrar, acaso entrar en trance místico con la Naturaleza Madre, sin sufrimiento humano, no en estasis, sino en enstasis. Ya no quiere hablar con lenguaje humano, ese humanismo, que según escribía hace mucho tiempo Valente, no es nunca humano.

Frente al humano inútil es necesario volver al animal, en su pureza natural noble, hablar es bien inútil, mejor “ladrar”. En este poema se nombra a Camille Claudel y Virginia Woolf, estas dos mujeres son suficientes para señalar el combate y la protesta, que crece desde la visión de una humanidad traidora de la que es necesario salir. Ateísmo femenino frente a tantas teologías caducas y brutales.

Olga cita en el mismo poema a Whitman y a Benjamin, autores en los bordes de una humanidad que lejos de salvarnos nos condena. Autores distintos, pero hilados por el mismo radical intento de unir conocimiento y amor. Olga Novo sí hereda el primado de una Madre Materia tangible, poderosa, nunca mortal y sí visible. Cuando la palabra no sirve o es inútil, Olga regresa siempre a la Tierra, no estamos fuera, en el “no-lugar”. Radicalidad que sí concierta con el poeta Valente, antes de su descenso a los infiernos de la Nada. La proclama de Valente es destruir para construir, y en esa línea se

sitúa Olga Novo, con una muy rica lengua que se esparce y estercola el pudridero del humanismo falso. Escribe en ese gran texto: “yo sé muy bien sé todo / que para aprender ese ladrido / al fin hicieron falta / mil mujeres lavando sin cesar en el río Saa”. (p. 167).

En el texto “Extraña soy” (p. 141) repite esta huida de un mundo que al humanizarse se convierte en detestable, por eso su cuerpo es convertido en naturaleza y ella no lee sino frutos de la tierra, no las letras contaminadas del dolor y la mentira: “cuando me quedo callada / y me pongo a leer cuatro peras / al borde del camino”. Sin duda Extraña, dentro de tanta estupidez repetitiva.

Y por último la más joven poeta de los reunidos, Tera Blanco de Saracho, nacida en 1984, de una delicadeza a la vez leve y profunda, que asume el dolor y lo trata con una sutil ironía o se abre al canto del amor que la salva. Tal vez tan cerca del sutil hilo que se traba a la Nada, como el último Valente. Pero ella es aún muy joven...

Cerremos este pequeño excursus de los poetas que acompañan a Valente, con el elogio y la necesidad de que continúen en esa expansión y búsqueda de la Madre Materia y en el combate continuo contra los Demonios que la acosan.